

Coraza de miedo y ego

María Cano Martínez

Enfermera

Doctoranda en Arte

Universidad de Granada, España

Me pesaba el mundo,
Me pesaban las miradas.

Me recuerdo desnudo,
mientras con ungüentos diagnósticos,
Trataba de vestir al enfermo,
esa piel vulnerable, que me hablaba de dolor.

Me recuerdo desnudo,
Aunque ellos solo veían una bata blanca.

Mi cuerpo era liviano,
de un debilucho, una debilucha,
que tenía que ser fuerte,
que tenía que tener todas las respuestas.

Y en el miedo de los días,
de no tener las fuerzas ni las respuestas,
en el miedo de los reproches,
se perdieron,
las miradas agradecidas,
las miradas vivas, ante todo, vivas.
Se ocultaron.

Y en el miedo de los días,
de sentirme desnudo con la piel encurtida,
me puse la armadura.
Como caballero,
como el que lucha,
pieza por pieza me fui armando,
para evitar los reproches,
para dar las respuestas, todas,
aun sin tenerlas.

Y la piel del otro se sintió extraña,
Al no encontrar la calidez en mi armadura.
Ya no había piel,
solo frío acero.
Y las miradas se tornaron cobardes,
Y las voces, aun así, eran de reproche.
Me pesaba la armadura.
El frío acero, se prolongaba.
Se hacía fría la piel, frío mi cuerpo.
Me pesaban las piezas,
hechas de miedo y ego.

Sentados en el pasillo,
entre las rendijas alcanzaba a ver a la gente.
Y alcance a verlos,
Desnudos,
como aquella debilucha, aquel debilucho.

Me pesaba la armadura.
No más.

Decidí cambiar el acero frío,
por la liviana piel,
porosa.
La vestí de emoción.

La vestí de retales,
del miedo, y la compasión,
de tristeza y esperanza.

Y volvieron las miradas.
Agradecidas, amigas.

Infinitas.

Vivas.